

Carlos da Fonseca

Dos notas de lectura

Indudablemente la Historia social de España y la de su vida obrera en particular sufre desde hace algún tiempo un impulso prodigioso. Para ser más precisos, diremos que se trata más bien de un renacimiento, puesto que, en definitiva, las investigaciones emprendidas por el infatigable M. Netlau, A. Lorenzo, F. Mora y A. Marvaud no han dejado todavía de orientar y a veces de modelar los argumentos de los historiadores contemporáneos. ¿Cómo explicar convenientemente esta frenética actividad de los historiadores españoles o simplemente hispanizantes? Sin duda, la vida política y social de este país, desde las invasiones de Napoleón, ha sido marcada por una tan larga y rica serie de convulsiones que se necesitaba una legión de historiadores para estudiar todo lo que es esencial a aquélla. Sorprendente nación ésta que desde hace más de un siglo no ha dejado de segregar simultánea-

« España nunca hizo suya la manera francesa moderna [...] de comenzar y acabar una revolución en tres días. Las tentativas que España hace en este orden de ideas son más completas y más duraderas. » Karl Marx (New York Tribune, 9-9-1854).

mente las ideologías más conservadoras y las experiencias obreras más atrevidas.

Este país, que fue la última fortaleza obrera a caer bajo la bota de la reacción nazifascista, encuentra a justo título desde hace algunos años un puesto privilegiado en la historiografía internacional: **Minutes** (Primera Internacional), **Recueil, Répertoire, Archives Bakounine, Colloque...**, el proletariado español constituye el objeto de estudios serios y sistemáticos. En lo que concierne a la investigación de lengua española es imposible aquí de trazar un balance, tan impresionante es el número de obras y de autores que han ganado ya la apuesta de la calidad, es decir, de la Historia científica: Lamberet, Rama, Martí, Santillán, Sánchez-Albornoz, Clara E. Lida, Iris Zavala, A. Elorza, G. Tortella, etc.

Varios: **La revolución de 1868. Historia, pensamiento, literatura.** Iberama Publishing Co. Inc., Nueva York, 1971.

La feliz iniciativa de **Las Américas Publishing Company** acaba de reunir en un volumen, **La Revolución de 1868-Historia-Pensamiento-Literatura**, New York, 1970, una serie de artículos sobre uno de los episodios más importantes y menos conocidos del siglo XIX español, la « gloriosa » revolución de 1868. En él se encuentra todo (o casi) sobre las estructuras sociales y económicas: composición de clases y castas, omnipresencia de la Iglesia codo a codo con el ejército y los propietarios agrícolas, los políticos de las Cortes con sus compromisos en el mundo de la especulación financiera, Bancos y compañías de seguros, el clima febril que la construcción de las vías férreas provoca en la alta finanza española e internacional, tan bien ilustrado por G. Tortella...

Más allá de esta encuesta general sobre la sociedad española del 68, el punto culminante de esta obra es sugerir al lector que la « Gloriosa » fue la última etapa de dependencia ideológica del proletariado con respecto a los « progresismos » burgueses, la toma de

conciencia de su autonomía y su enganche a la Asociación Internacional de Trabajadores.

Y sin embargo, este conjunto de ensayos de diversos autores parece palidecer, dudar, en diversos puntos, o al menos olvidar algunas cuestiones importantes (un ejemplo: las Juntas revolucionarias). ¿No es sorprendente ver la palabra **crisis** empleada por la casi totalidad de los autores mencionados sin que se haya intentado una explicación de sus orígenes? El tema hubiera exigido apenas algunas páginas de más, que nos habrían llevado al hundimiento del imperio colonial español y al tratado de Utrecht. Hecho esto, el lector no se vería forzado a tomar el tren en marcha.

Es necesario insistir en detenerse con prudencia en la cuestión de la **crisis** para poder aprehender convenientemente todas sus dimensiones. Así y para caracterizar la debilidad del liberalismo hispánico, afirma G. Tortella: « En cuanto al liberalismo español, en materia económica se trata más de un mito que

de una realidad. España no ha tenido nunca [...] una economía que se aproximase ni de lejos al modelo de libre concurrencia que se estudia en los manuales de economía » (p. 129). El autor establece una comparación entre España **poco-liberal** y ciertos países (Francia, Bélgica, Inglaterra y USA) en los que, según él, había existido este **laissez-faire** de los manuales de economía. Es ésta una afirmación algo dudosa, porque con excepción de Estados Unidos, es hoy sabido cómo los gobiernos de estos países actuaban (sobre todo a través del sistema aduanero) para proteger sus respectivas producciones. A la inversa, el dios oculto del **laissez-faire** no fue sino una ideología al servicio de las potencias industriales para abrir sin dificultades las puertas de las naciones económicamente atrasadas.

El proceso de acumulación capitalista llevado a cabo por el liberalismo no presenta en España ninguna diferencia con el de otros países europeos (salvo, si acaso, por su lentitud). Especulaciones, seudorepartición de

la propiedad agrícola, lenta abolición de los privilegios de castas, entrada « desastrosa » del capitalismo industrial en ciertos sectores de la producción (textil), etc. ¿No se ve, ya en 1836, al proletariado catalán entregarse a escenas de ludismo? Así, desde el punto de vista de las ideologías, las clases de este país acusan comportamientos que no podemos de ninguna manera considerar como retrasados con relación a la mentalidad europea. Constitución liberal de Cádiz (1811), aparición del socialismo utópico con el periódico **El Vapor** (1835), propaganda fourierista, cabetiana y sansimoniana desde 1842 y, paralelamente, la creación de sociedades obreras de resistencia. El artículo **Conspiradores e internacionalistas en vísperas de la revolución** de Clara E. Lida (p. 49-63) nos muestra que España también estaba afectada por la « modernidad » burguesa europea (mazzinismo, blanquismo, francmasonería, etc.). España vivía así esta ola de agitaciones que desde el 1848 francés, pasando por la Hungría de Kossuth, la Italia de Mazzini y Garibaldi hasta Polonia, se abatía sobre el continente europeo.

Max Nettlau : Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España (1868-1873), Iberama Publishing Co. Inc., Nueva York, 1971.

La reedición de este estudio hace accesible por fin al gran público un instrumento precioso de trabajo. Ya era hora, porque la precedente edición aparecida en Buenos Aires al cargo de **La Protesta** se remonta a 1925 y era imposible encontrarla fuera de las bibliotecas especializadas.

Para aquellos que conocen el texto, el « Estudio preliminar y notas » de Clara E. Lida proporciona un interés suplementario. En efecto, no puede uno sino alegrarse de la seriedad de su trabajo, enriquecido por un suplemento documental en forma de notas que revaloriza el texto de Nettlau. Porque no se trata aquí de ninguna manera de ocultar una atracción bakuniniana por estas formas de organización estructuradas en secreto, por este blanquismo a la rusa que encontramos constantemente entre los revolucionarios soviéticos. El aspecto de la rivalidad « marxobakuninista » toma pues de golpe otra dimensión en la que ya no se trata de aplastar a uno en provecho del otro. Esto no impide que el estudio preliminar esté todavía algo marcado por la herencia de una historia constantemente deformada. Así es como los conflictos de la Alianza y de la AIT figuran todavía como punto de partida de la decadencia de la Internacional. Sobre este punto pensamos que la crisis de la AIT no fue sino el reflejo de un retroceso de los sentimientos internacionalistas del proletariado europeo. Respecto a aquél no son vanas la estabiliza-

ción europea y las unificaciones italiana y alemana, como lo han subrayado acertadamente Rougerie y Roubel. Cuando el Congreso de La Haya hizo un llamamiento para la formación del partido revolucionario en cada país, no hizo sino reconocer las tendencias « reales » del movimiento hacia el repliegue o, al menos, hacia la **nacionalización** de las luchas de clases.

Grosso modo podríamos aceptar la versión de una AIT atravesada por dos campos rivales: « autoritarios » y « antiautoritarios ». Hecho esto uno sentiría la tentación de colocar en el primer grupo a los marxistas y los blanquistas y en el segundo a los bakuninistas, proudhonianos, sansimonianos, etc. Semejante paso sería, sino abusivo, por lo menos dudoso, ya que hoy día son bien conocidos los ejemplos de autoritarismo en cada uno de estos bloques. Pero incluso aquí, sería como dar una falsa nota puesto que la experiencia nos muestra que los blanquistas fueron más « autoritarios » que los marxistas y los « libertarios » discípulos de Proudhon hicieron a veces causa común con los partidarios del Consejo central de Londres. El caso portugués es un ejemplo de ello. A pesar pues de estas pequeñas observaciones, el trabajo de Lida es un ejemplo de seriedad que contrasta con el sectarismo tan frecuente en las obras dedicadas a la Primera Internacional.